

Presentación / Presentation

La llegada de los europeos a América fue un hecho sin precedente, «el encuentro más asombroso de nuestra historia», en términos de Todorov (1998: 14). Este mundo insospechado y sus habitantes, radicalmente otros, tuvieron que pensarse, aprenderse, ubicarse en los esquemas religiosos y mentales de la Europa de la época. América dio un nuevo impulso, o acaso una nueva vida, a mitos del antiguo mundo y fue fértil abono para las imaginaciones de toda índole, que llenaron las tierras recién descubiertas (pero todavía incógnitas) de amazonas, jardines de Edén, cíclopes, hombres con cabeza de perro y demás monstruos.

Pero más allá de los mitos la llegada de los europeos también dio inicio a una de las mayores empresas de conquista y dominio de la historia. Desde el principio, se establecieron relaciones económicas, sociales, políticas y culturales entre América y Europa, y estas se basaban en un sistema de dominación del que las poblaciones indígenas formaron parte. Comenzó entonces el proceso de nombrar las tierras y a la población, crear categorías y significados, y representar territorios y sociedades (García Jordán, 2017). No bastaba conocer: había que reducir la diferencia, amoldarla al modelo propio, al mismo tiempo que, muy prosaicamente, había que aprovecharse de las fabulosas riquezas de los nuevos territorios. Colonizar, civilizar y evangelizar (facetas diferentes de un mismo proyecto marcadamente eurocéntrico) iban de la mano. Los indígenas americanos fueron descritos en términos de ausencia: sin fe, sin ley, sin rey; y los misioneros, los soldados y los colonos tenían el cometido de llenar dichas ausencias.

En los albores del siglo XIX, tras las independencias americanas, este proceso no se detuvo. La América española, celosamente cerrada hasta entonces a los viajeros extranjeros, se abrió a científicos, negociantes, geógrafos y exploradores de toda índole procedentes de Europa. El siglo XIX fue la época dorada de los exóticos relatos de viajes a remotos confines, que se inscriben en lo que Mary Louise Pratt llamó «la reinención de América». Según esta autora, los relatos de viajes producidos por europeos sobre regiones no europeas fueron uno de los instrumentos más poderosos del eurocentrismo, y las expediciones científicas que se realizaron por entonces, «uno de los más orgullosos y notables instrumentos de expansión de Europa» (Pratt, 2010 [1992]: 57). La autora califica a los autores de la literatura de viajes de las primeras décadas del siglo XIX como «vanguardia capitalista»; habla de una literatura que enfatiza, en los jóvenes países latinoamericanos, el dominio de la naturaleza sobre una sociedad descrita a menudo como atrasada, indolente, una América que necesita desesperadamente del «progreso» que pueden brindarle los europeos. Sin embargo, más allá de los relatos de viajes, en el siglo XIX y todavía en el XX se acentuó la configuración del proyecto de *modernidad* y de *progreso* en un contexto colonial del mundo que distinguía entre lo *occidental* o europeo (concebido como lo moderno) y el *otro*.

La reinención de América en los siglos XIX y XX ha sido el tema de un simposio organizado en el marco del 56.º Congreso Internacional de Americanistas, desarrollado en Salamanca en julio de 2018; una selección de los trabajos pre-

sentados ha sido recogida en este dossier. El simposio se centró en las tierras bajas sudamericanas, concebidas desde la época colonial como el dominio de la *barbarie*, en oposición a los Andes o a México: eran el hábitat de «indios sin ley, sin rey ni asiento, sino que andan a manadas como fieras y salvajes»,¹ a diferencia de los reinos o monarquías azteca o inca, «más civilizados» porque eran más semejantes a los europeos. Esta representación de las tierras bajas sudamericanas (Amazonía, Chaco, Pampas, etc.) se mantuvo vigente en gran medida en la época republicana precisamente porque seguían siendo tierras incógnitas. Fueron territorios, en su mayor parte, recorridos y colonizados en el siglo XIX, época en que se reeditaron y adoptaron no pocos de los estereotipos y representaciones heredadas de la Colonia, con fines asimismo similares: civilizar, evangelizar, reducir la otredad, progresar; es decir, occidentalizar.

Se trató, por cierto, de un proceso dinámico y transatlántico. No solo los europeos reinventaron convenientemente *su* América: también lo hicieron los americanos o, mejor dicho, aquellas élites ilustradas y grupos dirigentes que adoptaron y asumieron aquel corpus ideológico y lo aplicaron «tanto en sus relaciones con las sociedades europeas como en su gestión de los territorios y sociedades americanas, permitiendo, finalmente, su adscripción a lo que se denominó “el concierto de las naciones civilizadas”» (García Jordán, 2017: 11). Para estas élites y estos dirigentes, la América indolente y atrasada que describían los viajeros europeos fue la América autóctona, las sociedades indígenas *sin* progreso y (todavía) no alumbradas por la civilización.

Los trabajos aquí reunidos, presentados en el mencionado simposio, tratan de estos temas en los escenarios brasileño (Oliveira), colombiano (Reyes, Díaz y Grisales), argentino y boliviano (Córdoba). Sus actores son diversos: misioneros católicos y anglicanos, etnólogos, biólogos y demás científicos, exploradores, terratenientes, legisladores y Estados. Son ojos locales o extranjeros, que en oportunidades se influyeron mutuamente a veces, agentes de acá y de allá, con un mismo telón de fondo: las sociedades indígenas locales, que sus discursos y relatos representan de formas diversas en función de las circunstancias, de los intereses del momento, o del grado de amistad/enemistad establecido con ellas.

Los trabajos están organizados por zona geográfica y en orden cronológico. En la provincia brasileña de Espírito Santo en la segunda mitad del siglo XIX, Tatiana Oliveira analiza las consecuencias de las políticas indigenistas plasmadas, respectivamente, en el reglamento de misiones de 1845 (que, entre otras cosas, restableció los *aldeamentos* al estilo colonial) y la ley de tierras de 1850, que abrió la puerta a la usurpación por parte de los criollos de los territorios indígenas. Por una parte, estas normativas asentaron el estatus de menores de edad para los indígenas, que no podían entonces gozar del derecho propietario sobre sus tierras. Por otra parte, al contemplar tierras de uso exclusivo de los *indígenas*, reglamentos y leyes también dejaron la puerta abierta a un sinfín de manipulaciones sobre la *indigeneidad*, y la *pérdida* de una identidad *pura* o el mesti-

1. ACOSTA, 1985 [1590]: libro 6, cap. 19.

zaje fueron temas a los que aludieron con frecuencia aquellos que deseaban usurpar sus territorios. Sin embargo, nos muestra la autora que también los propios indígenas supieron aprovechar estas leyes a su favor al asumir una identidad indígena que, en otros contextos, preferían olvidar.

Los tres artículos siguientes nos trasladan a Colombia. En la Sierra Nevada de Santa Marta y la Guajira, Aura Reyes sigue las huellas de los viajeros y científicos que recorrieron estas regiones entre las últimas décadas del siglo xix y las primeras del xx. Evidencia cómo sus viajes estuvieron mediados por las redes ya existentes establecidas por misioneros y colonos, cuyas percepciones marcaron la mirada de los exploradores. Convertidos en agentes del Estado, los misioneros no solo querían evangelizar, sino también transformar a los indígenas en ciudadanos; y a su vez, algunos exploradores, si bien buscaron reconocer los saberes locales, lo cierto es que legitimaron la jerarquía establecida entre los indígenas a partir de su mayor o menor aceptación y apego al discurso del *progreso* y el desarrollo.

David Díaz nos traslada a la Prefectura Apostólica del Chocó en la primera mitad del siglo xx y a la actuación de los misioneros claretianos afanados, ellos también, en evangelizar y *civilizar* a los indígenas embera. El discurso misionero enfatiza determinados aspectos de los indígenas, considerados en ocasiones como *salvajes* y *bárbaros*, o bien como menores de edad, y de esta manera se crea una suerte de escala jerárquica entre ellos a partir de su aceptación de la conversión; a la vez, la visión proyectada de los indígenas los condena siempre a una situación subalterna de *otros internos*, lo cual solía servir para justificar la permanencia y la labor misionera entre ellos.

En el mismo marco temporal, Marisol Grisales nos lleva a la cordillera de Perijá en la frontera entre Colombia y Venezuela, con los indígenas motilonos. Llamados por un solo nombre, los motilonos eran poco conocidos hasta que el Estado colombiano promovió su pacificación y *civilización*. Los etnólogos y misioneros que recorrieron su territorio los clasificaron, a partir de sus propios patrones morales y científicos, como «mansos» y «bravos», hasta que en la década de 1960 fueron identificados como dos etnias diferentes. A su vez, los propios motilonos se apropiaron de estos criterios y negociaron sus propias categorías de identificación y autodefinición.

El último artículo de este dossier nos traslada al Chaco argentino y boliviano de la década de 1930, en concreto a las misiones anglicanas de la South American Missionary Society que operaban entre wichís, tobas, pilagás e isoseños. El joven misionero John Arnott no solo se dedicó a la evangelización de los indígenas chaqueños: también aprendió sus lenguas y se convirtió en una referencia ineludible de la etnografía chaqueña, ya que reunió colecciones para museos europeos, colaboró con antropólogos de renombre, como Alfred Métraux, y escribió él mismo varios textos de corte etnográfico. Entre sus escritos se encuentra un cuaderno de campo inédito acerca de su experiencia en Misión Izoceña (Bolivia) entre 1926 y 1929 que será analizado en este artículo por Lorena Córdoba. Sus notas evidencian que, lejos de haberse despertado en su contacto diario con los indígenas, su sensibilidad antropológica siempre estuvo subyacente tras su proyecto misionero y, probablemente, lo determinó.

Este dossier ni puede ni pretende, de ninguna manera, abarcar toda la gama de situaciones y representaciones que contribuyeron, en los siglos XIX y XX, a la *reinvenición* de las tierras bajas sudamericanas. Aun así, a partir de estas pinceladas esparcidas en el tiempo y el espacio, factores, ideologías y procesos comunes aparecen: la ideología generalizada del *progreso* apuntando a un solo modelo: el europeo; el papel insoslayable de los misioneros católicos (y, en menor medida, protestantes) en la consolidación y difusión de estereotipos acerca de los indígenas; el papel de los Estados, que transformaban a su conveniencia tierras indígenas en *tierras baldías*; y, más solapada tal vez (más recientemente estudiada en todo caso), la apropiación y utilización que los propios indígenas hicieron de estas visiones ajenas de sí mismos. Conscientes o inconscientes, dependiendo de circunstancias políticas e ideologías en boga, influyéndose recíprocamente e influyendo también sobre la realidad concreta del terreno, sin duda son muchas las reinveniciones de América que nos quedan por comprender.

Isabelle Combès

Bibliografía

- ACOSTA, José de (1985 [1590]). *Historia natural y moral de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2017). «A propósito de la reinvenición de América y el proyecto civilizatorio europeo». En: GARCÍA JORDÁN, Pilar (ed.). *La reinvenición de América. Proyecciones y percepciones Europa-América Latina, siglos XIX-XX*. Barcelona: Publicacions i Edicions UB / TEIAA / IFEA, págs. 9-18.
- PRATT, Mary Louise (2010 [1992]). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TODOROV, Tzvetan (2007 [1989]). *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI.

Fecha de recepción: 25 de febrero de 2019

Fecha de aceptación: 8 de marzo de 2019

Fecha de publicación: 28 de junio de 2019